



CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

FUNDADOR

D. JOSÉ MARÍA CASENAVE

DIRECTOR

D. M. TELLO AMONDAREYN

REDACTORES

*D. Enrique G. Moreno. — D. Enrique Olaz. — D. Eduardo Malcar. — D. Javier Soravilla.
D. José de Elorza é Izuel. — D. Rafael Alvarez Sereix.*

COLABORADORES

Afaba y Fernandez (D. Leopoldo).
Alvarez Espino (D. Romualdo).
Anguita (D. José María).
Asensio (D. José María).
Ayala (D. Adelardo Lopez de).
Balaguer (D. Victor).
Bas y Cortés (D. Vicente).
Borao (D. Jerónimo).
Blasco (D. Cosme).
Burrell (D. Julio).
Canga-Argüelles (D. Diego).
Cañete (D. Manuel).
Cabezas de Herrera (D. Juan).
Cabezas (D. Fernando).
Casenave (D. Federico).
Castro (D. Adolfo de).
Castro y Artacho (D. Ramon de).

Cervera Bachiller (D. Juan).
Diaz-Benzo (D. Antonio).
Doctor Thebussem.
Escalera (D. Evaristo).
Fernandez Guerra (D. Aureliano).
Fernandez Grilo (D. Antonio).
Fuentes Mallafre (D. Eduardo).
Fuentes Mallafre (D. Luis).
Garcia Canedo (D.^a Evarista).
Garcia Carballo (D. Federico).
Gonzalez Llana (D. Félix).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Hernandez y Alejandro (D. Fed.^a)
Mainez (D. Ramon Leon).
Milego é Inglada (D. Antonio).
Moreno Lopez (D. Jacobo).
Moriel (D. Antonio).

Palacio (D. Manuel del).
Pardo de Figueroa (D. Mariano).
Pascual y Cuellar (D. Eduardo).
Peñaranda (D. Carlos).
Perez Echevarria (D. Francisco).
Pereira (D. Aureliano J.).
Pina (D. Santos).
Retes (D. Francisco Luis de).
Sanchez del Arco (D. Domingo).
Sellés (D. Eugenio).
Sevillano de Toral (D.^a Josefa).
Sobrado (D. Eduardo de).
Tartilan (D.^a Sofia).
Tello Amondareyn (D. Joaquin).
Tejon (D. J.).
Torrijos (D. Antonio).
Urmeneta (D. Fermin de).

SUMARIO.

Advertencia.—*Ecos de la semana*, por el Baron de Orella.—*Notas inéditas á la edicion foto-tipográfica del DON QUIJOTE*, por D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—*Sobre el rescate de Cervantes*, por D. Adolfo de Castro.—*Guttenberg y la Imprenta*, por D. Javier Soravilla.—*Por amor de Dios y por amor del dinero*, por D. Narciso Campillo.—*CULTO Á CERVANTES: Inauguracion de la sociedad Juventud Cervantista de Alicante.*—*En el aniversario de Miguel de Cervantes Saavedra*, poesía, por don Juan Cervera Bachiller.—*ALBUM POÉTICO: Deseños*, por D. A. Lopez Cuenca.

ADVERTENCIA.

Rogamos á los señores suscritores de provincias que se hallen en descubierto, se sirvan abonar este á la mayor brevedad posible, si no quieren sufrir retraso en el recibo de los números.

ECOS DE LA SEMANA.

La muerte es la vida, ha dicho un célebre autor contemporáneo, y esto, que considerado científica y filosóficamente es una verdad innegable, la vemos tambien comprobada en nuestras costumbres, en nuestro modo de ser.

Mueren los tristes dias del invierno para dar paso á las alegres y halagüeñas horas primaverales que todo lo embellecen con sus dulces armonías, con su hermosa poesía, con su cielo diáfano y trasparente; el estío con su potente y abrasadora guadaña siega los lozanos y encarnados pimpollos de la rosa, y febo con sus abrasadores rayos, calcina las candeales espigas que se tienden sobre la haz de la tierra ofreciéndonos sus dorados frutos una era de ventura, riqueza y bienandanza: mueren las abrasadoras horas estivales y nace el otoño con sus transparentes racimos y sus verdes olivas; y esta época, digna hermana de la primavera, es sucedida por las nieves del invierno, si bien estéril aparentemente, no por eso dejando de influir para que de sus cenizas, si se nos permite la frase, nazca la primavera con sus flores y esos aromas con que el cielo tiene á bien engalanarla. ¿Pero á qué vendrá toda esta cáfila de consideraciones? dirán nuestros lectores.—Pues esto viene

ni más ni ménos que á demostrar que si bien muere la época de las reuniones de confianza, los banquetes, los saraos, los bailes, etc., etc., esa época encantadora tan deseada por la elegante sociedad madrileña, nacen en cambio las mañanitas del Retiro, la del afortunado Arderius, la del Circo de Price y Jardines del antiguo Palacio de San Juan; es decir que de la muerte de las costumbres introducidas por la moda durante el invierno, nacen las del verano, que nos prestan ocasion para disfrutar de las aromáticas brisas del Retiro impregnadas en vapores de chocolate ó bien llevando en sus alas hasta nuestro oido las más sublimes notas de la banda de música dirigida por Maimó, ó los dulces acordes de la orquesta de nuestro popular Oudrid, nos hacen comprender los goces del paraíso prometido...

Hablamos bajo la grata impresion que nos ha producido la apertura de los Jardines del Buen Retiro. Mejorado notablemente por el digno municipio de esta corte y por nuestro apreciable amigo el Sr. Ducazcal nos recuerda aquellos estensos y embalsamados pensiles encantados que con tanta belleza nos describen las árabes leyendas de las *Mil y una noches*. En la de ayer tuvo lugar la inauguracion y pudimos apreciar que, de cuanto notable reúne Madrid, así en la aristocracia como en las artes y las armas se habian dado cita en aquel nuevo eden. Reciba nuestra enhorabuena la empresa que ha sabido unir á lo módico de los precios la elegancia y la comodidad del público, el cual, estamos seguros, no defraudará las esperanzas de los nuevos empresarios, y hará de aquel hermoso sitio un constante y elegante centro de reuniones durante el verano actual.

Continúa llamando la atencion del público madrileño el clown Billey Hayden, verdadera notabilidad en su género, y cuyos ejercicios gimnásticos son nuevos completamente en esta corte. Aconsejamos á nuestros lectores que acudan allí si desean distraerse grandemente.

Dos suntuosas recepciones han tenido lugar en la semana presente. Celebráronse aquellas el día de San Antonio, una en casa del señor presidente del Consejo de Ministros con motivo de ser los días de tan reputado hombre de estado, y la otra en el hotel del general Serrano, con el de los de su señora esposa. Escusamos decir que ambas reuniones estuvieron brillantes y fueron dignas de las personas á quienes se dedicaban.

*
**

Continúan los casamientos. La simpática heredera de un conocido capitalista lo contraerá en breve con el descendiente de otro potentado. No nos es dado revelar los nombres.—Dios los cria y ellos se juntan. Felicidades.

*
**

La primera verbena que Dios ha enviado, ó sea la de San Antonio de la Florida, ha estado desanimadísima. Nada... es lo que dice un amigo nuestro.—Desde que hablamos en francés, nuestro pueblo ha perdido su carácter, sus costumbres. Madrid ya no es Madrid, es un arrabal de París.—Tiene razon.

*
**

Teodosio Vesteiro, el poeta por excelencia, el reputado escritor gallego, ha puesto fin á sus días. ¿Por qué?... no lo queremos decir—él no ha tenido la culpa—¡España, su patria!.. Ha hallado el desgraciado vate cuatro amigos que han recogido sus restos, depositándolos perpétuamente en un modesto sepulcro.—¡¡Pobre Vesteiro!! E. P. D.

*
**

La suicidiomanía sigue causando muchas catástrofes. Y es el viaducto el favorecido con los infelices á quienes cansa la vida hasta el extremo de quitársela. Una joven de diez y siete abríles se arrojó del puente la otra noche. ¿Cuál habrá sido la causa? es un misterio que debe respetarse. También una encantadora señorita se envenenó hace pocos días... ¡el mismo en que debía enlazarse con un bizarro oficial!!

*
**

Con justicia fué premiada en el certámen de Alicante la preciosa composicion poética de nuestro amigo D. Antonio Milego. Tiene rasgos de verdadera inspiracion y está escrita con galanura y fluidez, por lo que felicitamos al distinguido vate.

*
**

Hemos recibido dos ejemplares de la notable obra que con el título de *Ensayos filosófico-literarios* ha publicado el profundo pensador y eminente poeta D. Leon Chartrou, catedrático del Instituto de Alicante.

Agradecemos su galanteria y pronto nos ocuparemos más extensamente en la seccion bibliográfica de tan apreciable libro.

El Baron de Orella.

16 de Junio de 1876.

NOTAS INÉDITAS

Á LA EDICION FOTO-TIPOGRÁFICA

DEL

DON QUIJOTE. (1)

XLI.

Segunda parte, fólío 116 vuelto, líneas 7 y 8, contadas desde abajo arriba:

«Dos lacayos ó palafreneros, vestidos hasta *en piés*, de unas ropas, que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí.»

La locucion, *hasta en piés*, hoy olvidada, se lee en la *Historia de los Reyes Católicos*..... por Andrés Bernaldez, Cura de los Palacios (Sevilla, 1870) libro I, página 311. Allí se dice: «Vestido de una rica camisa (el Duque de Cádiz muerto)... é una marlota de brocado *hasta en piés*.»

En la *Relacion de la muerte y honras fúnebres del Sermo. Príncipe D. Carlos*, por el M. Juan López de Hoyos (Madrid, 1568), fólío 15 vuelto, hallaremos tambien: «Los lutos de los príncipes son

(1) Un error lamentable de imprenta ha alterado la numeracion de estas *Notas* en nuestro número anterior. Advertimos en su consecuencia á nuestros lectores que desde la nota XXXV debe ser correlativa hasta la última del presente número.



los de la usanza de su tierra: un herre-
ruelo *hasta en piés*, y un sombrero alto
de paño con una banda de lo mismo.»

XLII.

Segunda parte, fólío 118, primera pá-
gina, casi al medio de ella:

«Pidiéronle que se dejase desnudar
(D. Quijote) para una camisa.»

El texto comun dice: «para *ponerle* una
camisa;» lo cual no es ningun despropó-
sito; pero es no haber entendido cuál era
el error, que no consistia en faltar un
verbo, sino en haber equivocado otro. La
palabra *una* debió ser el verbo *mudar*.
«Que se dejase (D. Quijote) desnudar
para *mudar* camisa,» es (ó nos equivo-
camos mucho), lo que debe leerse, porque
eso debió ser lo que se escribiera.

XLIII.

Segunda parte, fólío 123 vuelto, á poco
más de la mitad.

«*Estaba* atento Sancho á las ceremo-
nias de aquel lavatorio, y dijo entre sí:»

Habria estado atento Sancho miéntras
duró el burlesco lavatorio; pero termi-
nado ya, y retiradas las pícaras mucha-
chas que jabonaron á D. Quijote, parece
que se debia haber escrito *estuvo*, no *esta-
ba*, lo cual debe ser error de la imprenta.

XLIV.

Segunda parte, fólío 125, primera pá-
gina, línea primera y siguiente:

«Nunca vuesa merced ha visto á la
señora Dulcinea, y..... esta tal señora *no
es* en el mundo, sino que es dama fantás-
tica, que vuesa merced la engendró y
parió en su entendimiento, y la pintó con
todas aquellas gracias y perfecciones que
quiso.»

Habla una Duquesa, y sus palabras
deben merecernos respeto: querrá su ex-
celencia decir que Dulcinea, como gran
señora, no existía en el mundo. Sí, pero
como mujer, existía indudablemente. A

lo ménos Cervantes, que lo debería saber,
nos dijo en el primer capítulo de esta
obra que «en un lugar, cerca del de don
Quijote, habia una moza de muy buen
parecer, de quien él (D. Quijote) un tiem-
po anduvo enamorado.....: llamábase Al-
donza Lorenzo, y á ésta le pareció ser
bien darle el título de señora de sus pen-
samientos.» D. Quijote en el capítulo 25
de la primera parte, llama á los padres
de Dulcinea, Lorenzo Corchuelo y Al-
donza Nogales; y exclama Sancho al oír
estos nombres: «¿Conque la hija de Lo-
renzo Corchuelo es la señora *Dulcinea* del
Toboso, llamada por otro nombre *Aldon-
za Lorenzo?*» No era, pues, Dulcinea cria-
tura fantástica, aunque su jerarquía fue-
ra suposicion amante de su loco amador.
Parece, pues, que Cervantes, de primera
intencion, quiso dar á entender que don
Quijote habia visto y conocido, aunque
no mucho, á Dulcinea, y que luego des-
echó el autor este pensamiento. A la ver-
dad, si los Duques hubieran creído que
D. Quijote habia conocido á Dulcinea, no
se hubieran atrevido á presentársela, ni
áun suponiéndola encantada. Sancho ha-
bia procurado hacer creer á su amo que
la dama era una mujer, tal que á D. Qui-
jote pareció una pobre labradora, carire-
donda, chata y fea; los Duques le pre-
sentaban por su Dulcinea la figura de un
gallardo mancebo: si el pobre caballero
hubiera visto, aunque pocas veces y por
pocos momentos, y no de cerca, á la se-
ñora de sus pensamientos, ¿no habia de
haber extrañado alguna vez no haberla
visto como ella era, con la cara con que
él la hubiese conocido?

Juan Eugenio Hartzenbusch.

(Se continuará.)

SOBRE EL RESCATE DE CERVANTES

Todos saben que Cervantes fué rescatado
en Argel por los Padres Trinitarios; pero po-
cos, muy pocos, conocen la manera en que se

celebraban las redenciones en dicha ciudad, asunto digno de estudio, porque así se podrá comprender perfectamente lo que ocurrió al autor del *Quijote* al recuperar el bien de la libertad.

En 1580 fueron á Argel Fr. Antonio de la Bella por redentor de la provincia de Andalucía y Juan Gil por la de Castilla.

Los Trinitarios llevaban un salvo conducto para cualquier tierra de infieles y para mostrarlo en alta mar, si corsarios turcos ó moros les salían al paso. No entraban en Argel sino por la mañana; desembarcando el dinero y trasladándolo á la casa del Bajá ó á la Aduana por pagar los derechos de entrada, que ascendían al cinco por ciento. Registrado que era el dinero, lo entregaban por los oficiales moros al redentor, el cual para más seguridad lo depositaba en lo que llamaban el Baño del Rey, donde asistía un religioso Trinitario observante. Por regla general nunca confiaban á cautivo alguno los Padres el dinero de la redencion.

Esta no empezaba á hacerse hasta despues de haber trascurrido cuatro ó seis dias de estar en Argel los Padres, tiempo que tomaban estos para inquirir quiénes eran los cautivos más pobres y de más años de cautividad, quiénes los que se hallaban en riesgo de flaquear en la fé, especialmente niños, muchachos y mujeres. Visitaban con este objetó las cinco cárceles ó *baños* que en Argel habia con el propósito de enterarse de todo por sí mismos.

Valíanse de ciertos ardides los redentores para facilitar los rescates, sin embargo de considerar á los moros como muy sutiles en asuntos de interés.

Cuando estos pedían mucho dinero por un cautivo, los Trinitarios ofrecían siempre poco. La esperiencia les habia enseñado que como habia en Argel tantos cautivos, los moros venían al cabo á ofrecerlos con empeño, y así los cedían por un precio más razonable. Cuando habian redimido por valor de las tres partes del dinero que traían para los rescates los religiosos, solicitaban licencia para volver á España con los redimidos. Entonces los amos de los cautivos, en el deseo de tomar dinero, daban en ménos suma los cautivos

que antes solo ofrecían por los precios cuantiosos.

Acostumbraban los Trinitarios no rescatar cada dia más de diez ó doce personas, para que los amos acudiesen á presentar con repetición sus esclavos.

Este afectado desden era solo tratándose de hombres, que cuando los cautivos eran muchachos, se procedía desde luego á tratar del negocio para evitar que los moros no los persuadiesen á renegar de la ley de Cristo, diciéndoles que los religiosos se negaban á rescatarlos.

Los Trinitarios tenían que rescatar en primer término los cautivos que llamaban *forzosos*: En el salvo conducto se les señalaba la obligacion de adquirir del Bajá cuatro esclavos cristianos, del Orán dos y del Agá uno. El precio de estos estaba ya estipulado: costaban mil doblas cada uno, *dos mil reales de plata*, sin otra gabela.

Aunque Miguel de Cervantes era esclavo del Bajá, no estaba incluso entro los *forzosos* del salvo conducto. En tal caso su rescate hubiera sido de mil doblas: consta de los documentos ya conocidos de su redencion que esta importó *mil trescientos cuarenta* con más *nueve doblas* para los oficiales de la gallería del rey Azán Bajá.

Algo más tuvieron que pagar los redentores por Cervantes, lo cual no se halla en su partida de rescate, porque era una caridad general establecida por cada cautivo. Habia unos derechos de puertas ó salida de Argel: pagábase en ellas *por cada cabeza* ó esclavo redimido *cuarenta y dos pesos y un real de á dos*.

Los Trinitarios en toda redencion llevaban cuando ménos unas cuatrocientas doblas (reales de á dos). En los derechos en que tenían los argelinos señaladas tantas doblas, háblase de pagar precisamente en tal moneda. Cuando no la tenían los redentores, pedían los moros reales de á cuatro por cada dobla y no devolvían el exceso.

Existían en Argel cautivos que llamaban *de puertas*. Eran aquellos que se encontraban en libertad, bien por haberlos dejado en ella sus amos, ó por haberse ellos mismos redimido. Y como les faltase la suma de cua-

renta y dos pesos y un real de á dos para pagar los derechos de puertas por su salida de Argel, permanecían en la ciudad hasta que los Trinitarios les satisfacían para que pudiesen regresar á España.

No pagaban los religiosos el precio del rescate el mismo día en que quedaba pactada la redención con las formalidades establecidas. Daban una cédula de obligación del pago y este se efectuaba al tercero día.

Resulta de la primera partida de rescate de Cervantes, que recibieron en Madrid los redentores 300 ducados, los 250 de doña Leonor de Cortinas, y 50 de doña Andrea Cervantes, madre aquella y hermana esta del famoso cautivo, las cuales dieron puntualísimas señas suyas.

La causa de esto no se explica en el documento, pero sí en las crónicas y tratados de la Orden de la Santísima Trinidad.

El dinero que se facilitaba por los parientes ó amigos del cautivo para su rescate, se llamaba *adjutorio*.

Cuando se recibía este adjutorio, tomaban los Padres las señas particulares de los esclavos con el nombre propio de los padres, con el de las patrias, con el del lugar en que fueron cautivados, con la fecha en que ocurrió el suceso, y con las señas de sus cuerpos y circunstancias especiales, porque á veces algunos cautivos, en el deseo desesperado de recobrar cuanto antes la libertad, se fingían ser los que esperaban el auxilio, engañando de este modo á los redentores.

Para acertar bien en esto, valíanse de un cautivo honrado los religiosos, á quien ofrecían su rescate por este y otros servicios.

Era máxima constante en la Orden Trinitaria esta. Cuando se recibían grandes adjutorios, consideraban que los moros pedían mucho dinero por el cautivo. Casi nunca daban los deudos y amigos la mitad de lo que el esclavo había de costar, regla general que se cumplió también en Cervantes.

Adolfo de Castro.

(Se concluirá.)

GUTTENBERG Y LA IMPRENTA.

(Continuacion.)

VI.

No desmayó Guttenberg á pesar de verse arrojado de sus prensas. Hombre enérgico, decidór y firme en sus propósitos, cada vez que, víctima del infortunio, caía bajo su peso abrumador, se levantaba más y más vigoroso, como Anteo cuando luchaba con Hércules.

Separado definitivamente de Faust, buscó y halló constante apoyo en el doctor Conrado Humery, síndico de Maguncia. Este varón ilustre observó una conducta completamente opuesta á la del ingrato Faust, pues sólo exigió de Guttenberg, como garantía de sus intereses, la adjudicación en su favor de todo el material de la imprenta, dado el caso de sobrevivirle.

En 1455 y contando ya con suficiente capital, gracias á la desinteresada protección de Humery, fundó una imprenta en Maguncia, en competencia de la que le fué usurpada por Faust y su yerno Shæffer.

En 1460 terminó la impresión de la Biblia, cuya mitad próximamente tenía compuesta hacia algunos años. Esta obra apareció con cuatro años de posterioridad á la de igual clase publicada por Faust (1456), cuya circunstancia ha dado origen á la infundada creencia de que este fuese el inventor del arte tipográfico; pero documentos del año 1459 prueban de una manera clara que nuestro héroe había dado con anterioridad á la Biblia del fundidor de Maguncia, varias obras religiosas que donaba al Convento de Santa Clara de aquella ciudad, lo cual viene á corroborar nuestro aserto, cuando asegurábamos que el primer libro *escrito* por medio de la imprenta, fué un *Devocionario* y no el *Catholicon*, un *Donato* ó la *Biblia* como creen generalmente los cronistas y biógrafos de Guttenberg.

En 1462 estalló una lucha civil en Maguncia, entre los partidarios del Arzobispo Diesher-D'Isenburg y Adolfo de Nasau. Entregada de nuevo aquella población al incendio y al saqueo, sufrieron mucho las prensas de Faust y Guttenberg.

El primero, rico capitalista, fué rehacién-

dose poco á poco con la eficaz ayuda de su yerno Shœffer; pero el verdadero inventor, falto de recursos para crear nuevamente su imprenta, no pudiendo hacer frente ya á tan continuadas contrariedades, se vió en la necesidad de suspender sus trabajos y más tarde precisado á dejarlos de ejercer en absoluto.

No obstante su triste situacion, pudo hallar lenitivo á sus desgracias con los favores con que tuvo á bien distinguirle Adolfo de Nasau, Arzobispo Elector de Maguncia, que le acogió á su lado (1465) y le colocó en el número de sus gentiles-hombres, señalándole una modesta renta vitalicia, de la cual disfrutó poco tiempo por arrebatárle la muerte tres años despues, ó sea el 14 de Febrero de 1468, á los 68 años de edad. Los restos de Guttenberg fueron depositados en el Convento de Franciscanos próximo á su imprenta.

¡Cuán triste ha sido siempre la condicion de los grandes hombres, la indigencia sobre la tierra, la gloria bajo el sepulcro!....

(Se continuará).

Javier Soravilla.

POR AMOR DE DIOS Y POR AMOR DEL DINERO.

CUENTO.

Era una mañanita de Diciembre próxima á Noche Buena: soplaban céfiros de Guadarrama finos y punzantes como puñales de Albacete: no pululaban por las calles de la coronada villa esos transeuntes ociosos que en muda contemplacion se extasían horas enteras ante los escaparates de quincalla y modas, sino que todos aceleraban el paso procurando guarecerse de las pulmonías entre paredes y bajo techo, y los más felices junto á la encendida chimenea, porque hacia frio, y en grande; un frio de esos que hielan los vocablos en la lengua, convierten los piés en sorbetes, y atacan hasta los adoquines que, bañados de rocío, parece que lloran.

Pues con temperatura tal y como burlándose de ella, si burlas caben con el frio, iba soplándose los dedos un pobre envuelto en cuatro harapos, los ojos húmedos y lacrimosos y la nariz lo mismo que un tomate. Por su aspecto abatido y escuálido, por la dificultad con que, falto de fuerzas, andaba, y por

la erizada barba que un mes no habria tocado navaja alguna, este mi pobre parecia recién salido de uno de esos caritativos mataderos apellidados hospitales. Dirigia miradas investigadoras á izquierda y derecha como quien algo busca, y por último se quedó parado ante una puerta de cristales. Tenia esta puerta á entrambos lados relucientes vacías de metal colgadas de sendas palomillas, y como si tan clara señal no bastase, ostentaba el establecimiento en grandes letras blancas sobre fondo negro, este rótulo: *Barberta. Se afeitada y corta.* Antes que se me olvide y para mayor puntualidad de este relato, diré que entre las dos mencionadas vacías y colgado como ellas estaba un frasco de vidrio con sobre docena y media de sanguijuelas escogidas, poco menores que africanas serpientes, y pegado más abajo un papel que en letra manuscrita anunciaba como con admiracion y asombro: *¡Se aplican!*

No sabia leer mi hombre, y así no hizo caso de tan amenazadores letreros; mas por las vacías de muestra ó por la muestra de las vacías, comprendió ser aquella la oficina y laboratorio de un rapista, aunque en ella no vibrase entonces monótono son de vihuela. Pero ¡qué oficina tan bien acondicionada! Tersos y grandes espejos dorados, limpias mesas de piedra para los avíos de tocador, amplios y mullidos sillones dignos de recibir entre sus brazos al más robusto conónigo, blancos paños acá y allá pendientes de clavos romanos junto á los simétricos navajeros, un ambiente aromático y templado; templado sobre todo, pues el rapista, que se hallaba en el pleno ejercicio de su arte rasuratorio, vestía muy á la ligera sin temor al frio, como si reinase la estacion de los céfiros y flores..... todas estas cosas y algunas otras daban á la barbería tal aspecto de comodidad, que parecia estar gritando á los parroquianos: «Adelante, señores.»

Pero mi pobre, con la rapidez propia de quien no tiene un cuarto, no se atrevió de pronto á penetrar en la tienda: contúvose junto á la vidriera desde donde contemplaba al maestro que con el aire más servicial del mundo afeitaba á un señor gordo, le daba conversacion, sonrisas, jabonaduras, aceite de

olor en el canoso cabello, y por último los más reverentes saludos cuando ya listo y restaurado se colocaba el sombrero ante el espejo con aire complacido y aun conquistador y desenvuelto. El rico gordo pagó y salió: momentos después entra el pobre flaco y flaco pobre, pasando no poco gustoso del frío de la calle á la templada atmósfera de la barbería.

El entrante contempló al barbero, y el barbero al que entraba. La mirada del uno era suplicante, la del otro indefinible. Solo pudiera compararse á la del que está esperando á la mujer amada y vé llegar á un acreedor, á un toro bravo ó cosa por el estilo. Y dijo el pobre: «He pasado enfermo un mes en el hospital; no tengo dinero, ni á quien pedirlo; por amor de Dios le ruego que me afeite esta barba, pues con ella tengo facha más bien de facineroso que de hombre que busca un jornal donde quieran darle trabajo.»

Era el barbero un pez de Cádiz, nacido en la Mirandilla, criado en la Viña y cursado y curtido en las muy ventiladas y no menos famosas universidades del Muelle, el Campo del Sur y la Caleta, de donde tantos gloriosos varones han salido para las academias y liceos de Ceuta y Melilla. Después de servir al rey en el ejército y de pasar por más lances y aventuras que el mismísimo Gil Blas de Santillana, vino á la capital de las Españas, contemporáneo valle de Josafat, donde se encuentra cuanto se pierde en otras partes; dió fondo en ella y tratando de hacerse hombre de bien, con asombro de Santa Rita, abogada de los imposibles, convirtió ciertos ranchos de la compañía donde fué sargento en una oficina de rapista, verdadera metamorfosis digna de Ovidio. Este peine (Ovidio no, sino el barbero) escuchó la súplica del pobre, y despejando de nubes su entrecejo, contestó con agrado:—«¡Vaya si le afeitaré! ¡como que yo me muero por hacer obras de caridad! Lo voy á poner que no lo conozca ni su madre. «Pase Vd., buen hombre.» Y le hizo entrar en una especie de patinillo interior, que en lo oscuro, húmedo y frío semejaba el fondo de un pozo. Acomodóle allí en una silla coja, y entrando en la cocina volvió con un paño sucio, un barreño de lo más

basto medio lleno de agua de la ménos clara, y para decirlo de una vez, agua nutritiva donde largas horas habian estado remojándose partidas en trozos, así como dos libras de bacalao.

Puesto el pañezuelo sobre el hombro y el barreño bajo la barba, con lo que subían los perfumes derechamente á la nariz, eran de ver los gestos del paciente; ni á respirar se atrevía siquiera, temiendo ser acometido de la fiebre amarilla, del tífus ó el cólera morbo; que para todo esto y algo más daban motivo aquellas aguas lustrales donde aún nadaban pellejos del bacalao que remojaron. El jabon era del propio Winsord de fregar cazuelas, y las jabonaduras, tumultuosas como olas de mar embravecido, ya penetraban por la boca y nariz del paciente, ya le escaldaban los ojos, halagando á un tiempo olfato, gusto y tacto, que malhaya para Síbires y sus regales habitantes. Verdugo y víctima guardaban silencio durante la operacion preparatoria, gozándose el uno en hacer su oficio, y procurando la otra sufrir el castigo de su pobreza. Entre tanto los miraba con ojos luminosos un gato enorme; gato antropófago y muy capaz de cualquier gatada.

De pronto el barbero se aparta hácia atrás dos pasos, y dándose un golpe en el laboratorio de sus malos pensamientos, pregunta á su gratuito parroquiano.—Hombre, ¿ha oído usted hablar alguna vez del gran Carlo Magno, emperador de los moros?—Sí que he oído leer su historia, con la de los doce Pares de Francia y el famoso Bernardo del Carpio, hijo, ó sobrino, ó cuñado, ó qué se yo de un tal Roncesvalles. Pero ¿se puede saber á qué viene la pregunta?—¿A qué viene? Pues nada, casi nada: á que es Vd. el hombre de más suerte que hay debajo de la capa del cielo: de seguro nació Vd. de pié derecho y con vara y media de ombligo. Ya puede Vd. irme haciendo catorce ó quince cortesías y dándome las gracias; como que voy á limpiarle esa cara con la propia navaja con que afeitaban al mismo Carlo Magno. Y diciendo y haciendo, desenvaina una especie de alfanje mellado y mohoso desde luengos años, y comienza su operacion rasuratoria tirando tajos y reveses sobre aquel asombrado rostro, estafermo de

la miseria. Ni pirámide egipcia, ni sepulcro de Meufis, ni el misterioso templo de Júpiter Ammon ostentaron nunca tan variados y caprichosos geroglíficos como las megillas del paciente, pero no fué tanta su paciencia que pudiese evitar algunos profundos ayes y convulsivos movimientos, y dos lágrimonas como castañas, capaces de infundir lástima y compasión á las duras piedras. Viendo su dolor y llanto, dícele el impío barbero:—¿Qué es eso? ¿Le estoy haciendo quizá algun daño? ¿Por qué llora Vd., buen amigo? —¡Ay! no lloro por mí, respondió el acuchillado; sino figurándome lo que sufriría el pobrecito Carlo Magno cuando le afeitaban con ese sable.—¡Hombre! ¿tiene Vd. valor de llamarle sable á esta sin igual navaja de verduguillo, que no la gasta mejor ni el rey de Pérsia? Y yo que habia pensado obsequiarle á Vd., afeitándole con la herramienta misma de todo un emperador! Mas ya que no agradece Vd. esa honra, lo dejaremos y concluiré con otra navaja cualquiera. Y tomó enseguida una navaja cualquiera: esto es, una de las peores que tenia; pero comparada con la de Carlo Magno era un terciopelo comparado con abrojos.

En un dos por tres la cara del pobre quedó monda, y el gato sin esperanza de hartar sus antropófagos instintos con piltrafas humanas. Enjuagado y enjugado el rostro, merced al pestífero caldo y á un harapo mugriento que algun dia fué tohalla, levantábase ya el rasurado mirando con anhelantes ojos á la puerta y deseoso de verse en mitad de la calle. Espere, espere, hermano, díjole el barbero; que no es justo que Vd. vaya desacreditándose por ahí con esa cara hecha un mapamundi. Y encaramándose sobre una silla comenzó á coger telarañas, no escasas por cierto en aquel patinillo ó trastienda; con cuyo prodigioso específico le cubrió los arañazos y le restañó la sangre que hilo á hilo le corría por el escuálido rostro. Despues añadió: y si sabe Vd. de alguien que necesite sanguijuelas, pagándolas por supuesto, aquí las hay tamañas como culebrones.

Miró el pobre con terror aquellos bichos que se retorcian dentro de la vasija, saludó y salió meditabundo. Pensaba en aquel señor

gordo, á quien vió rasurar con tanta comodidad y esmero; pensaba en sí propio, en la diferencia enorme entre la tienda y la trastienda, entre una finísima lengua de acero y un mellado chafarote, entre aguas de ámbares y agua hedionda de bacalao, y, finalmente, y como total resumen de sus cavilaciones, en el abismo que separa la faltriquera vacía del repleto bolsillo. Como la peonza en manos del chicuelo, cien vueltas daban tales consideraciones en su turbada cabeza, figurándose contemplar cercados de una aureola brillante como los santos y colocados en medio de un paraíso á los poseedores del vil metal; y en el fondo de un infierno entre lagunas pestíferas y truculentos alfanges á la numerosa prole para quien fué madrastra la fortuna. De tan desconsoladoras meditaciones vino á distraerle un furioso estrépito: era un corrillo de gentes hablando y gesticulando á la par, delante de una puerta por donde salían los ahullidos más lastimeros del mundo, voces de hombre y fragor de muebles derribados; todo al son y compás de garrotazos tremendos capaces de deslomar á un gigante.

—¿Estará rabiando ese perro? preguntaban con inquietud algunos.

—No será extraño que rabie, porque lo están desollando vivo, añadian otros.

—Buena paliza le arriman, decían todos.

—Pues yo aseguro á ustedes que no son palos, ni menos que desuellan al perro, interrumpió mi pobre dirigiéndose al grupo: es que lo están afeitando por amor de Dios y con la navaja de Carlo Magno.

Narciso Campillo.

CULTO A CERVANTES.

Dice *El Constitucional* de Alicante correspondiente al 13 de Junio:

«Anteanoche tuvo lugar en el bello salon del consulado de esta capital, la inauguracion pública de la sociedad Cervantina.

»El acto fué solemne, y mereció los aplausos de todos los que tuvieron el gusto de concurrir á él.

»Abierta la sesion por el jóven presidente de la sociedad que leyó un elocuente discurso inaugural, se procedió acto continuo á la lectura de bellas poesías dedicadas al inmortal

Cervántes y debidas á la pluma de los señores D. Ramon Lon, D. Miguel Llorente y Marbeuf, D. Antonio y D. José Milego, D. Francisco Alemañy, D. Tomás Clavel, D. Antonio Galdó Chápuli, D. Francisco Pons y otros.

»Tambien se leyó por D. Francisco Campos Torremocha, la célebre cancion de *Crisóstomo* del Quijote, terminándose con un discurso del Sr. Milego (D. Saturnino) y con una corta peroracion del presidente.

»La banda de música de la Lira amenizó el acto tocando piezas escogidas, habiendo sido obsequiadas las señoritas con ramilletes y dulces que fueron ofrecidos por los socios con la mayor galantería.

»Digno de aplauso es, ciertamente, el que la juventud se acostumbre á reunirse en esas sociedades que tienen por objeto ilustrar el espíritu y despertar el amor á las artes y á las ciencias.»

EN EL ANIVERSARIO

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Cervántes, de España gloria,
asombro eterno del mundo,
luz que alumbra nuestra historia,
hoy vengo á honrar tu memoria
con respeto el más profundo.

Solo siento que, al pulsar
esta lira, en mi rudeza
no le pueda yo arrancar
arpegios con que cantar
dignamente tu grandeza.

En tí se mira al soldado
que abatió á la turcomaña;
y al escritor denodado
que, aunque en vida despreciado,
es hoy orgullo de España.

Bien guerrero en el fragor
de la árdua lid pavorosa
diste, en prenda de tu amor,
á la patria tu valor
y tu sangre generosa.

Mas fué el hado tan cruel
que, en premio á tu lealtad,
te arrojó un día, Miguel,
en las mazmorras de Argel,
sin mando y sin libertad.

Los necios te despreciaron,
los amigos te vencieron,
y los grandes te humillaron,
y los sábios se rieron
si alguna vez te escucharon.

¡Y es que el pobre mundo entiende
que debe á risa tomarse
todo lo que no comprende...!
¡Desgraciado el que pretende
sobre el vulgo levantarse!

¡Ser pobre y tener talento!
¡Sufrir é ingénio tener!
¡Decir con altivo acento
la verdad! es pretender
escalar el firmamento.

Por eso cuando escribiste
la obra conque enriqueciste
tu siglo, te tuvo en poco:
y al verte tan pobre y triste
te llamó insensato y loco.

¡Loco! ¡Ah! sí: bien merecia
parecer loco á la gente
el que, al paso que escribia,
con su soplo destruia
el pasado y el presente.

Aquel *Quijote* manchego,
por Cervántes animado,
venia á ser como el fuego
que exterminaria luego
á las sombras del pasado.

En él bullian unidas
todas las preocupaciones
que tuvieron sometidas
á tantas generaciones,
para caer luego vencidas.

Una nueva luz brotaba
de en medio de las tinieblas;
y aquel fulgor que irradiaba
á disipar empezaba
del viejo mundo las nieblas.

Y el mundo necio, obcecado,
aquella luz no veia:
y entre tanto, despreciado
el gran Cervántes, moria
triste, pobre y olvidado.

¡Olvidado! Así se paga
al que la virtud propaga.
¡En vida la ingratitud:
cuando la vida se apaga
quizá ni un mal ataud!

¡Ni una pobre sepultura,
ni una losa funeraria
donde la gente futura
pueda, allá en la noche oscura,
murmurar una plegaria!

le dijeron que había faltado de España, vió que eran los mismos siete años que el nieto tenía.

Dió aviso de todo esto á su marido, y entre los dos y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacia del herido, el cual dentro de quince dias estuvo fuera de peligro, y á los treinta se levantó, en todo el cual tiempo fué visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo; y algunas veces hablando con Leocadia doña Estefanía, que así se llamaba la mujer del caballero, la decia que aquel niño se parecia tanto á un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver á su hijo delante.

Destas razones tomó ocasion de decirle una vez que se halló sola con ella, las que con acuerdo de sus padres habia determinado de decille, que fueron estas ú otras semejantes: El dia, señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les habia cerrado el cielo y caido todo el mundo acuestas: imaginaron que ya les faltaba la lumbré de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino á quien ellos quieren con amor de tal manera, que con muchas ventajas escede al que suelen tener otros padres á sus hijos; mas como decirse suele, que cuando Dios da la llaga da la medicina, la halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias que no las podré olvidar mientras la vida me durare: yo, señora, soy noble, porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente donde quiera que han vivido.

bien pueden halagar el entendimiento de aquel á quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo, paréceme imposible: mozo soy, pero bien se me entiende que se complace con el sacramento del matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan; que si él falta, cojea el matrimonio y desdice de su segunda intencion; pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener á todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa y en la cama, pueda deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible: por vida de vuesa merced, madre mia, que me dé compañera que me entretenga y no enfade, porque sin torcer á una ó á otra parte, igualmente y por camino derecho llevamos ambos á dos el yugo donde el cielo nos pusiere; si está señora es noble, discreta y rica, como vuesa merced dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mio: unos hay que buscan nobleza, otros discrecion, otros dineros y otros hermosura, y yo soy de estos últimos; porque nobleza, gracias al cielo y á mis pasados, y á mis padres, ellos me la dejaron por herencia; discrecion, como una mujer no sea necia, tonta ó boba, bástale que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche; de las riquezas, tambien las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir á ser pobre; la hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote que con la de la honestedad y buenas costumbres; que si esto trae mi esposa, yo serviré á Dios con gusto y daré buena vejez á mis padres.

Contentísima quedó de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su

designio. Respondióle que ella procuraría casarle conforme su deseo, que no tuviese pena alguna, que era fácil deshacerse los conciertos que de casarle con aquella señora estaban hechos.

Agradeciólo Rodolfo, y por ser ya llegada la hora de cenar se fueron á la mesa; y habiéndose ya sentado á ella el padre y la madre, Rodolfo y sus dos camaradas, dijo doña Estefanía al descuido:

—Pecadora de mí, y qué bien que trato á mi huésped! Andad vos, dijo á un criado, decid á la señora doña Leocadia que sin tener en cuenta su mucha honestidad, nos venga á honrar esta mesa, que los que á ella están todos son mis hijos y sus servidores.

Todo esto era traza suya, y de todo lo que habia de hacer estaba avisada y advertida Leocadia.

Poco tardó en salir Leocadia, y dar de sí la improvisa y más hermosa muestra que pudo dar jamás compuesta y natural hermosura.

Venia vestida por ser invierno de una saya de terciopelo negro, llovía de bonetes de oro y perlas, cintura y collar de diamantes; sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasiadamente rucios, le servían de adorno y tocás, cuya invención de lazos, y rizados y volutas de diamantes que con ellos se entretrejan, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposicion y brío; traía de la mano á su hijo, y delante della venían dos doncellas, alumbrándola con dos velas de cera en dos candeleros de plata.

Levantáronse todos á hacerle reverencia, como si fuera alguna cosa del cielo que allí milagrosamente se habia aparecido. Ninguno de los que allí estaban em-

con el arreglo que fuese posible y necesario. Su mujer, que era una noble señora, dijo lo mismo, é hizo aún más encarecidas promesas.

Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó más admirada, porque habiendo con las nuevas del cirujano sosegádose algun tanto su alborotada espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente por muchas señales conoció que aquella era la estancia donde se habia dado fin á su honra y principio á su desventura, y aunque no estaba adornada de los damascos que entonces tenía, conoció la disposicion della, vió la ventana de la reja que caía al jardín, y por estar cerrada á causa del herido, preguntó si aquella ventana respondía á algun jardín. Y fuéle respondido que sí; pero lo que mas conoció fué que aquella era la misma cama que tenía por tumba de su sepultura; y más que el propio escritorio, sobre el cual estaba la imagen que habia traído, se estaba en el mismo lugar.

Finalmente, sacaron á luz la verdad de todas sus sospechas, los escalones que ella habia contado cuando la sacaron del aposento tapados los ojos, digo, los escalones que habia desde allí á la calle, que con advertencia discreta contó; y cuando volvió á su casa, dejando á su hijo, los volvió á contar y halló cabal el número: y confirmando unas señales con otras, de todo punto certificó por verdadera su imaginacion, de lo cual dió por estenso cuenta á su madre, que como discreta se informó si el caballero donde su nieto estaba, habia tenido ó tenía algun hijo; y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia; tanteando el tiempo que

mas, que no fué menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese.

Estando las dos desta manera, acertó á entrar el caballero, marido de Estefanía, que traía á Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía y el desmayo de Leocadia, preguntó á gran prisa le dijese la causa de lo procedía. El niño abrazaba á su madre por su prima y á su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba por qué lloraba.

—Grandes cosas, señores, hay que deciros, respondió Estefanía á su marido, cuyo remate se acabará con deciros, que hagais cuenta que esta desmayada es hija vuestra y este niño vuestro nieto.

Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado y confirma el rostro deste niño, en el cual entrambos habernos visto el de nuestro hijo.

—Si más no os declarais, señora, yo no os entiendo, replicó el caballero.

En esto volvió en sí Leocadia, y abrazada del crucifijo, parecía estar convertida en un mar de llanto. Todo lo cual tenía puesto en gran confusión al caballero, de la cual salió contándole su mujer todo aquello que Leocadia le había contado; y él lo creyó por divina permisión del cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo hubieran probado. Consoló y abrazó á Leocadia, besó á su nieto, y aquel mismo día despacharon un correo á Nápoles, avisando á su hijo se viniese luego, porque le tenía concertado casamiento con una mujer hermosa sobremañera, y tal cual para él convenia.

No consintieron que Leocadia ni su hijo volviese más á la casa de sus padres, los cuales contentísimos del

buen suceso de su hija, daban infinitas gracias á Dios por ello.

Llegó el correo á Nápoles, y Rodolfo con la golosina de gozar tan hermosa mujer como su madre le significaba, de allí á dos dias que recibió la carta, ofreciéndole ocasion de cuatro galeras que estaban á punto de venir á España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas, que aún no le habían dejado, y con próspero suceso en doce dias llegó á Barcelona, y de allí por la posta en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre tan galán y tan bizarro, que los extremos de la gala y de la bizarría estaban en él todos juntos. Alegráronse sus padres con la salud la bienvenida de su hijo.

Suspendióse Leocadia, que de parte escondida la miraba por no salir de la traza y orden que doña Estefanía le había dado. Los camaradas de Rodolfo quisieran irse á sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía por haberlos menester para su designio.

Estaba cerca la noche cuando Rodolfo llegó, y en tanto que se aderezaba la cena, Estefanía llamó aparte los camaradas de su hijo, creyendo sin duda alguna que ellos debían de ser los dos de los tres que Leocadia había dicho que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió le dijese si se acordaban que su hijo había robado á una mujer tal noche, tantos años habia; porque el saber la verdad desto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes: y con tales y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les aseguró que de descubrir este robo no les podia suceder daño alguno, que ellos tuvieron por bien de confesar ser verdad que una noche de verano,

yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaba á una muchacha, y que Rodolfo se habia venido con ella mientras ellos detenian á la gente de su familia, que con voces la querian defender, y que otro día les habia dicho Rodolfo que la habia llevado á su casa, y solo esto era lo que podian responder á lo que les preguntaba. La confesion, destos dos fué echar la llave á todas las dudas que en tal caso se podian ofrecer, y así determinó de llevar á cabo su buen pensamiento, que fué este.

Poco antes que se sentasen á cenar, se entró en un aposento á solas su madre con Rodolfo, y poniéndole un retrato en las manos, le dijo:

—Yo quiero, Rodolfo hijo, darte una gustosa cena con mostrarte á tu esposa; este es su verdadero retrato, pero quierote advertir que lo que le falta de belleza le sobra de virtud; es noble y discreta y medianamente rica; y pues tu padre y yo te la hemos escogido, asegúrate que es la que te conviene. Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dijo:

—Si los pintores, que ordinariamente suelen ser prodigos de la hermosura con los rostros que retratan, lo han sido tambien con este, sin duda creo que el original debe de ser la misma fealdad; á la fé, señora y madre mia, justo es y bueno que los hijos obedezcan á sus padres en cuanto les mandaren, pero tambien es conveniente y mejor que los padres den á sus hijos el estado de que más gustaren; y pues el del matrimonio es nudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados: la virtud, la nobleza, la discrecion y los bienes de la fortuna

Admirada y suspensa estaba doña Estefanía, escuchando las razones de Leocadia, y no podía creer, aun que lo veia, que tanta discrecion pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que á su parecer la juzgaba por de veinte, poco más ó menos, y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fueron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerle á aquel aposento, las señales en que habia conocido ser aquel mismo que sospechaba; para confirmacion sacó del pecho la imágen del crucifijo que habia llevado, á quien dijo:

—Tú, señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer: de encima de aquel escritorio te llevé con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza dél, que no la pretendo, sino para rogarte me dices algún consuelo con que llevar en paciencia mi desgracia.

Este niño, señora, con quien habeis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto: premision fué del cielo el haberlo atropellado, para que trayéndole á vuestra casa, hallase yo en ella, como es pero que he de hallar, si no el remedio que mejor venga con mi desventura, á lo menos el medio con que pueda sobrellevarla.

Diciendo esto, abrazada con el crucifijo, cayó desmayada en los brazos de Estefanía, la cual, en fin, como mujer y noble, en quien la compasion y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apenas vió el desmayo de Leocadia, cuando juntó su rostro con el suyo, derramando sobre él tantas lágrimas

¡Ni una flor que á su albedrio
entre el musgo se deshoje
sobre aquel sepulcro frio
cuando tulipán recoje
las lágrimas del rocío!

¡Solo dios, solo el que vive
para la inmortalidad,
al génio augusto recibe
y despues su nombre escribe
por la azul inmensidad!

Pasó la generacion
que á Cervántes, despiadada,
vió morir en un rincon:
su poder y su ambicion
son hoy humo, polvo ¡nada!

Los grandes que le humillaron,
los sábios que de él rieron,
los necios que le ultrajaron...
todos ¡ay! todos pasaron,
y todos desaparecieron.

Cervántes vive inmortal
y en sus destellos respira;
y á su fama universal
le sirve de pedestal
todo un mundo que le admira.

El soldado que en Lepanto
abatió á la turcomaña,
y cautivo sufrió tanto,
y mojó su pluma en llanto,
es hoy orgullo de España.

¡Y es que el génio creador,
cuando se siente apresar,
se eleva como el condór
y busca donde volar
en otro mundo mejor!

Por eso vive en la historia
entre esplendores de gloria
y con cien lauros por mote...
¡Loor eterno á la memoria
del autor del DON QUIJOTE!

Juan Cervera Bachiller.

ALBUM POÉTICO.

¡DESENGAÑOS!

Sueltas las trenzas del dorado pelo;
secos los ojos de llorar cansados;
cubierta con el velo
tu cara, de la más honda tristeza

que hacian resaltar de tu hermosura
la brillante armonía,
en sueños te vi ayer, querida mia.

El cabello, cual alto minarete;
picarescos tus ojos seductores;
sin rojo colorete
tus bellisimos lábios sonrosados,
en tu boca sin duda colocados
para entrar en deseo,
despierto ahora á mi pesar te veo.

¡Cuán falsos y engañosos
los sueños son! ¡Cuál forja nuestra mente
conjuntos deliciosos
que al despertar se borran de repente!
Sin duda los recuerdos
al olvido ya casi relegados
se llegaron confusos y agrupados
al pensamiento mio,
cubrir queriendo su letal desvío.

Mas ¡ay! que el rudo pecho
amar puede una vez, una vez sola,
pues queda ya desecho
al sufrir el embate de la ola
del fiero desengaño,
que viene á destruir las ilusiones
formadas al calor de la esperanza,
que el alma guarda con placer extraño.

El prisma seductor de los amores,
que en sueños á la vista se aparece
y effluvios de placer embriagadores
al corazon ofrece,
en páramo tristísimo y desierto
muy pronto convertido,
al pecho deja destrozado y muerto.

Goza tú de la vida
ya que el dolor insano
no pudo hallar jamás en tí cabida;
con dadivosa mano
el mundo te convida;
arroja de tí lejos
del cariño los últimos reflejos,
y lánzate en el mar de los placeres
quedando así horrado
el postrimer recuerdo del pasado,
que así habeis sido siempre las mujeres.

A. Lopez Cuenca.

PROPIETARIOS:

D. JOSE MARIA CASENANE.—D. M. TELLO AMONDAREYN.

Imprenta de P. Nuñez, Corredera Baja, 43, Madrid,

CERVANTES

REVISTA LITERARIA

ÓRGANO DE LOS CERVANTISTAS ESPAÑOLES

SE PUBLICA LOS DÍAS 8, 16, 23 Y 30 DE CADA MES

Los productos líquidos de esta **Revista** se destinan á la construccion de un monumento en Alcalá de Henares, levantado en el solar de la casa donde nació tan esclarecido varon, gloria y honra de España.

PRECIOS DE SUSCRICION

	Un mes.	4 reales.
MADRID.....	Tres meses.	12 »
	Seis meses.	20 »
	Tres meses.	15 »
PROVINCIAS.....	Seis meses.	30 »
	Un año.	54 »
	Semestre.	4 pesos.
ULTRAMAR.....	Un año	7 »
	Semestre.	3 »
EXTRANJERO....	Un año	5 »
	Semestre.	

No se sirve suscripcion alguna cuyo pago no sea anticipado.

La correspondencia literaria se dirigirá al Director, **Don M. Tello Amondareyn**; la económica al Administrador, **D. Eduardo Areñas**.

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

Madrid—Desengaño, 23, segundo, izquierda—**Madrid**